



FOJA EN

BLANCO

Provincia de Guaviatú

Chilcas.

Escuela N.º 208. 2

Continuando a continuación las supersticiones
ya narradas por la señora Paracuta y de Barro,
memoradas de la localidad, de 43 años de edad, quien
se manifestó que le eran a ella conocidas, por inter-
medio de narraciones referidas por su padre:

1.º Ciencia general en la localidad que den-
tante una tormenta de granizo, ella cesará o al
menos disminuirá su intensidad, colocando
un huevo de gallina en el suelo, con sus dos
extremos en dirección hacia la parte que
sobresaja la tempestad. —

2.º Para husos aconseja, poner un mostero
caído de los arados para girar maíz, arroz, etc.
con la boca en sentido contrario al que lleva
el viento y atravezados por delante de esto la
manos del mismo formando con ambas piezas
una cruz. —

3.º En las tormentas, en que los estampidos de
los truenos adquieren mayor intensidad, se
comienza encender o quemar velas o folios
bendita, para cuyo efecto debe tenerse dichos
materiales bendecidos el día (Domingo de Ramos).

Justino Hernández

Crespin

Manuel D. Navarro de 45 años con su poder de narrador admirable, nos cuenta, con mucha gracia la tradición nacida en nuestra hermosa tierra.

Parece que allí, en épocas remotas en una de nuestras regiones entre varios pobladores vivían los animales siguientes: el avestruz que era considerado como el rey de los animales, siendo su dominio la tierra, el agua y el aire, pues entonces corría con extrema velocidad, volaba como un gavilán y nadaba como un pez. Al verse tan bien dotado, concibió un orgullo intolerable, creándose una infinidad de enemigos, entre los que figura, en primera línea, el loro, en cuya numerosa prole hacía estragos su gloton abetito. El curaguan que era alcalde y con cuyo nombre es aun conocido en la actualidad en las comarcas santiaguinas. El coquyo, que era músico y cantor, teniendo como compañero al loro. El crespin, el zorro, el quinquicho y la calandrea eran agricultores.

Buena el narrador citado, que era costumbre entre estos pobladores de verificar todos los años una sencilla fiesta antes de iniciar sus cosechas. Con tal motivo, en aquel entonces habían fijado como lugar de reunión para tal efecto, la casa del crespin adonde se vieron a la vistosa de dos comienzos a la fiesta; entre otros el avestruz, el coquyo, con un inseparable compañero; el loro, el zorro, el quinquicho y la calandrea.

Una vez presento los invitados, se brindó una copiosa cena y a ello continuo se inició un baile de mediano reinando en todos ellos

la mayor armonía y gran contento, pero
quizo la desgracia, que los vapores de los vinos
que allí se bebían; causaron sus efectos muy
pronto dando como resultado un lamentable ac-
cidente del cual resultó una víctima, que fue
muerto en la forma siguiente:

Habiendo sedido el zorro (N^o Juan de las cosas blancas), al
coquyo que le cantara el cual notando que
por primera vez en su vida la garganta le fa-
blaba, pero deseoso de salir fuera el sedido fue
molido, pero la quitamos al loro, quien reci-
bió con aire inquieto, queriendo lucir lucir su
habilidad para hacerse admirar por los espec-
tadores, pero, quizo la mala suerte de que
al querer afinar el instrumento, dió tan recio
tiron del cuerdo que rompió todas sus
cuerdas.

El oelo. fue considerado como una bur-
la, por parte de N^o Juan, inferida a su perso-
nalidad, y, enojado de cólera, se abalanzó
sobre el cantor; interponiéndose entre ambos
el dueño de casa, a fin de evitar que la dis-
curión tomara mayor cuerpo, a cuyo tiempo
recibió una herida mortal falleciendo instan-
tes después.

Parado la primera impresión y conociendo
la gravedad del hecho consumado los allí rei-
nidos tomaron diversas resoluciones después
de intentar en vano, de consolar a la desgra-
ciada viuda que en la mayor desesperación
y copioso llanto llamaba a su infortunado es-
poso; ¡crespin! ¡crespin! ¡crespin!

Comentado el accidente por el avestruz como rey llegó a las conclusiones siguientes, expresándose en estos términos: que en vista de lo ocurrido y que no había podido evitarlo exclamó "al monte me iré y allí, si tengo agua beberé y si no como pedo mi vida la pasaré." El conejo oyó o escuchó esta idea tomando la misma resolución, y como considerase que a la nueva vida que iba a emprender de sería necesario el bastón de mando, se lo introdujo por uno de sus extremos al viento donde luego este dio nacimiento a la enorme y poderosa cola de que se hoya munido hoy.

El zorro adoptó por su parte la misma medida, en lo concerniente a su desplazamiento, considerándose si su vez, el ser más desagraciado desde aquel día; no obstante de valerse de su astucia por cambiar su ingrato suerte hasta lo presente no ha podido conseguirlo.

El conejo manifestó: "en la tierra me entraré y al fin de cada año saldré." Su compañero adoptó como medida más acertada ir también al monte diciéndolo: "en los huecos me meteré, si alguien me vea y currenme o hablar; hablaré y sino mucho me quedaré."

Los animales de la reunión se dispersaron uno a uno dejando el hogar de cristales a la vida unida en gran desolación, llamando al esfuerzo por su nombre, y no es extraño que hoy marchando por nuestros campos al atardecer cientos de animales mueran

colocamente el nombre ¡cres fin! cres fin!
¡cres fin! siendo esto más comunes en el
periodo de las Ciegas.

El sapo y el avestruz

La imaginación fecunda de los pueblos ameri-
canos ha dado origen a infinidad de tradiciones,
algunas de las cuales, por la índole de los hechos
que relatan, pasaron luego al dominio de la his-
toria; otras, quizá las de más coloridos, las más
poéticas, pero también las más inverosímiles,
se conservaron con carácter de leyendas, leyen-
das que constituyen parte del patrimonio, a la
vez que revelan la originalidad y riqueza
imaginativa del suelo que les dio vida.

José C. Alvarez, con su poder de narrador ad-
mirable, nos cuenta, con mucha gracia, una
de estas tradiciones nacida en la hermosa
tierra mesofotónica.

Parece que allí en épocas remotas, el aves-
truz era considerado como el rey de los
animales, siendo en dominio la tierra, el
aire y el agua, pues entonces corría con ex-
traordinaria velocidad, volaba como un gaviotón
y nadaba como un pez. Al verse tan
bien dotado, concibió un orgullo intolerable,
creándose una infinidad de enemigos, entre
los que figura, en primera línea, el sapo,
en cuya numerosa prole hacia estragos su
glotón apetito.

El sapo, a su vez era mirado como el

animal más impertinente de la época, siendo esta causa de que se originara, entre otros, una guerra declarada que tuvo como consecuencia el siguiente sermón:

Por lo que el autor citado, que habiendo advertido el caso la disminución de su fofle, busco al avestruz, y hallándole a la entrada en un pequeño pajonal, le interpeló seriamente, obteniendo por única respuesta una sonora burlona, que le aleguzó al alma, si acaso la tenía.

Marquiéndose sobre sus patas diminutas, con la garganta seca por la cólera, el ojo brillante y sanguirolento, lanzó a la paz de su adversario un reto a muerte; este contestó con una franca, corcajada burlona:

— ¿Batirme con tú... ¡cuello gigante?... ¡No, cuello!... Si quiere, más bien le corro que me corras!

— ¡ Hombre! — exclamó el caso, sentándose sobre una rama de algaravillo y cruzando los brazos con coquetería: — dice tú eso con un aire tan tranquilo, que cualquiera lo tomaría por un corredor de raza.

El avestruz, sintiéndose molesto y despreciado cortijo con altura la pedantería batraciana, formuló la oferta y convino en que correrían una legua el primer día de la próxima primavera, designando para el encuentro cierta llanura en que el avestruz se ejercitaba continuo. En la raya se colocaría un mortero, en cuya portabueca, que tiene precisamente la forma

del cuerpo del avestruz, se sentaría⁵ es
te à su izquierda, quedando el capo dispen-
sado de hacerlo si acaso era ganado y
le faltaba tiempo para lograrlo.

Si el avestruz, triunfaba; el capo re-
nia su caballo y le salvaría por micada, la
traviesa de los batones que los perseguían;
y si el capo era vencedor; aquél se compo-
nía à no matar ni à comer, en ade-
lante, alimantó alguna que tuviera faren-
teses con el batoneo ganado.

El capo fué à los pajones desiertos,
reunió un centenar de sus parientes, y dan-
doles instrucciones reservadas, los llevó o-
cultamente, pocas antes de la carrera, al
paraje à donde se correría. fué decide
la suerte de la raza.

Llegó el día anhelado, hermoso y radiante,
y sorprendió ya en la cancha al capo ven-
tando que se paseaba inquieto, mientras el
avestruz, formaba con él, esbelto, contra-
te chocante, gambeteaba, con aire zumbón,
luciendo su habilidad y gentileza para
hacerse admirar de sus perseguidores.

Desde la señal de que los rayeros - el
feludo, símbolo de justicia quizá por lo
blanco, y la tortuga, personificación de la
honestidad - estaban en sus puestos, así
como el mozo consabido, se largó la carre-
ra constatando el avestruz, con sorpresa
accidente, que por más que aceleraba su
marcha, siempre le llevaba ventaja el
capo.

Cuando llegó al mortero y se dejó caer pesadamente en el hueco que le servía de asiento, oyó que el capo le gritaba desde el fondo con voz burlesca:

— ¡Bucardo, miijo... mire que hoy gente! bon pero constató en derrota el avestruz petulante, y nunca sospechó que en advenario le había ganado con más ingenio que celeridad, pues había crecido a lo largo del camino mucho de sus congéneres, que tenían por misión saltar delante del avestruz o medidos que éste avanzaba, ocultando dentro del mortero a un hermano suyo, que más que capo alguno se le parecía, y era habilísimo en parlamentos y discusiones.

El avestruz vencido juró respetar la jale de su adversario y hacerle respetar de los suyos, y el capo a su vez, por caballerosidad, ya que el facto no le obligaba, prometió al avestruz, decirle sus miradas, que el roto, su enemigo personal, perseguía encarnizado.

Desde entonces nadie a visto a un avestruz a visto que mate o coma capo, o alimente alguno que con éstos tenga afinidad, y el capo se hizo el guardador de las miradas de aquel, desterrando al roto que, a fuerza de obligarle, no puede coexistir con él y huye de los puntos que precisan.



FOJA EN BLANCO

pe
a
fon
te!
uz
d
eris
lo
eme
lante
suza
ber
ne le
uto
lo
to-
caba
isa
ni
onal,
struz
aria
e, y
ua
ue,
istis
uen